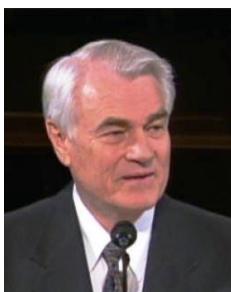


## LOS BUENOS RECUERDOS SON BENDICIONES REALES.

Por el élder Joe J. Christensen  
Del Primer Quórum de los Setenta



***"El recuerdo es un jardín de edén del que jamás podemos ser expulsados."***

Hermanos, es un gran privilegio estar con vosotros esta tarde. He apreciado muchos los mensajes que hemos oído.

Alguien que fue más poeta que teólogo dijo: "El recuerdo es un Jardín de Edén del que jamás podemos ser expulsados". Los buenos recuerdos son verdaderas bendiciones y esta noche quisiera hablaros de algunos que han sido muy importantes en mi vida.

Cuando tenía más o menos la edad de algunos de vosotros, diácono, mi padre era el obispo del barrio de nuestro pequeño pueblo granjero de Banida, en la región sudeste de Idaho. Recuerdo la primera vez que me trajo a Salt Lake City para asistir a una reunión general del sacerdocio.

En esa época mi padre me parecía muy viejo; sin embargo, tiene que haber tenido unos treinta y ocho años. Me sentía contento de estar con él.

Recuerdo que nos sentamos en el balcón, allí, hacia el lado norte; y antes de que empezara la reunión, papa me indicó cuál de los hermanos sentados en el estrado era el presidente Heber J. Grant y cuáles eran sus consejeros. Vi a los Doce Apóstoles y a las demás Autoridades Generales. Esa noche me invadió un cálido sentimiento de amor y respeto hacia los líderes de la Iglesia, el que ha seguido aumentando hasta el día de hoy.

Allí decidí que haría todo lo posible por sostener a mi padre como obispo. No deseaba hacer nada que lo avergonzara o desilusionara y hasta hoy día agradezco la decisión que tomé en esa oportunidad.

Ninguno de nosotros sabe cuánto va a vivir. En el Libro de Mormón, Alma hace la pregunta: "¿Podréis mirar a Dios en aquel día con un corazón puro y manos limpias?" (Alma 5:19). Recuerdo cuando el tener las "manos limpias y el corazón puro" se hizo importante en mi vida.

Fue después que mi amigo David Carlson y yo nos graduamos de la Escuela Secundaria de Preston. Nos sentíamos contentos de que era la misma escuela a la que habían asistido los presidentes Ezra Taft Benson y Harold B. Lee cuando eran jóvenes. Aun cuando habían cambiado el nombre de la escuela, ya que antes era la Academia de la Estaca Oneida, tuvimos algunas de nuestras clases en el mismo edificio.

Pensábamos que el año 1946 era el "mejor año" para los deportes en la escuela Preston. Ese año nuestros equipos ganaron en todos los deportes, y el de básquetbol ganó el campeonato del estado; eran esos días en que las escuelas pequeñas competían con las grandes. David era un buen amigo mío y creo que lo era de todos

en la escuela. Era un buen alumno, estudiaba mucho y recibía excelentes notas. Se graduó de los Boy Scouts y de seminario y era un deportista muy bien coordinado. David jugaba muy bien al básquetbol y gracias a sus buenas jugadas, nuestro equipo ganó el campeonato del estado.

Poco después de graduarse de la escuela secundaria, David fue al hospital para someterse a una operación que todos creíamos sencilla, pero hubo complicaciones, se produjo una infección y falleció. No podíamos creerlo; había muerto a los dieciocho años. ¡Que golpe! Todavía recuerdo lo doloroso que fue perder a un buen amigo.

Su funeral se hizo en el centro de estaca. Parecía que todos estaban allí; como en una conferencia de estaca muy concurrida y con gente de pie.

El obispo Enerhard hizo un comentario que se me quedó muy grabado. Apuntando hacia la mesa de la Santa Cena dijo: "Cuando David se arrodillaba a bendecir la Santa Cena, yo sabía que se arrodillaba con 'las manos limpias y el corazón puro'. Nunca tuve que preocuparme por lo que hubiera andado haciendo el sábado por la noche".

Consideré que ese era el mejor cumplido que se le podía haber hecho a mi amigo y sentí el deseo de vivir de manera que mi obispo no se tuviera que preocupar por lo que yo hubiera andado haciendo la noche anterior. Creo que todos nos beneficiaríamos de tomar esa misma decisión.

Otro recuerdo me enseñó más del valor y la importancia de cumplir una misión.

Hace algunos años, mientras servía como presidente del Centro de Capacitación Misional en Provo, Utah, tuve en mi oficina una hermosa conversación con uno de los misioneros. Obviamente él era mayor que gran parte de los élderes: Tenía alrededor de veinticinco años, y me contó sobre su conversión.

Cuando tenía dieciséis años, se bautizó junto con su madre en Europa. Su padre no se opuso, aun cuando personalmente él no tenía interés en la Iglesia. Era banquero y esperaba que su hijo se preparara para una profesión dentro de ese mismo campo.

El joven amaba las Escrituras, pero a veces su padre interrumpía sus estudios de seminario diciendo: "No pierdas el tiempo en esas cosas. Estudia tus clases de la escuela para que te acepten en la universidad".

El misionero dijo: "Pasó el tiempo y una noche, cuando yo tenía casi dieciocho años, soñé que había sido llamado a una misión de Japón. Me sentí tan bien que realmente quise ir. Al contárselo a mis padres, mi padre se opuso firmemente. Me dijo: ¡No! No pierdas dos años de tu vida en una misión. Debes seguir con tus estudios universitarios".

Dado que aún era demasiado joven para ir a la misión, siguió con sus estudios universitarios. Fue a la Universidad Brigham Young. Se recibió de finanzas y estudios bancarios y se postrado de administración de empresas.

Fue contratado por un banco internacional de Alemania con un buen futuro, pero la idea de servir una misión continuaba en su mente, por lo que fue a conversar con su obispo y con su presidente de estaca. Cuando les contó sobre el sueño que había tenido años atrás acerca de una misión en Japón, el presidente sonrió y dijo: "No creo que te vayan a mandar a Japón. Los misioneros de aquí generalmente son llamados a ir a otro país de Europa y algunos pocos van a las Islas Británicas".

Cuando recibió su llamamiento y su padre lo supo, este fue a verlo para tratar de hacerlo cambiar de opinión porque pensaba que dos años de interrupción serían un desastre en su carrera profesional. Uno de los ejecutivos bancarios viajó desde Francfort para disuadirlo, diciendo algo así como: "Jovencito, ¿sabe cuánto perderá en salario y en oportunidades? Debería detenerse a sacar las cuentas".

El élder dijo que lo había hecho y que sabía que la misión le costaría muchísimo: más de ciento cincuenta mil dólares. Luego, con lágrimas en los ojos, dijo: "Pero presidente, si me costara varias veces más que esa cantidad, todavía estaría aquí porque sé que el Señor desea que yo sirva una misión".

Ese fue uno de los pocos misioneros que recuerdo que haya salido del Centro de Capacitación Misional hablando el japonés que había aprendido con acento alemán. Fue llamado a Japón. Sirvió una misión de éxito y estoy seguro de que cuando terminó la misión encontró muchas compañías internacionales que desearían contratar a un joven ejecutivo que supiera hablar inglés, alemán y japonés, idiomas tan importantes en el mundo de los negocios. Aunque él no ganara un centavo extra, aun así sabía que había hecho lo que el Señor esperaba de él.

Por medio del profeta José Smith, el Señor reveló un pasaje de las Escrituras que el élder Banks ya citó esta tarde: ". . . la cosa que será de máximo valor para ti será declarar el arrepentimiento a este pueblo, a fin de que puedas traer almas a mí" (D. y C. 15:6 y 16:6).

A través de los años, nos hemos sentido conmovidos por los miles de misioneros que hemos visto en los centros de capacitación misional, en el Ricks College y en otros lugares, que han demostrado su deseo de ir a la misión -algunos de ellos, a costa de grandes sacrificios personales.

Hermanos, ruego que en nuestras vidas y en nuestras responsabilidades específicas del sacerdocio podamos, como mi buen amigo David, dar un ejemplo tal que nuestros obispos no tengan que preocuparse por lo que andábamos haciendo el sábado por la noche.

Estoy agradecido por mis hijos que todavía vienen conmigo a las reuniones del sacerdocio. Vosotros, jóvenes, que por alguna razón no estáis con vuestro padre esta noche, podéis decidir ahora que cuando seáis bendecidos con hijos propios, los llevareis a las sesiones del sacerdocio, dondequiera que se transmitan.

Al mirar hacia ese balcón esta noche, veo a algunos de vosotros jovencitos con vuestros padres y recuerdo -recuerdo esa primera vez hace tanto tiempo. Papa falleció hace cuatro años, y especialmente en las horas de la sesión general del

sacerdocio me doy cuenta de cuanto lo extrañamos. Ruego que nos esforcemos por jamás hacer nada que pueda avergonzar o desilusionar a nuestro Padre Celestial o a nuestros padres terrenales, y eso nos ayudara a tener buenos recuerdos, porque estos constituyen ese "Jardín de Edén del que jamás podemos ser expulsados".

Jóvenes hermanos, os respetamos, confiamos en que os elevareis hasta alcanzar lo mejor que hay en vosotros y os queremos.

Nuestro Padre Celestial vive y también os ama; incluso os conoce por nombre. Jesús es el Cristo y esta es Su Iglesia, guiada por los profetas vivientes que presiden esta sesión general del sacerdocio. Dejo este testimonio con vosotros en el santo nombre de Jesucristo. Amén.